

López-Baralt, Mercedes.
Miguel Hernández, poeta plural. Alicante:
Ediciones de la Universidad de Alicante,
2016.

Miguel Ángel Náter, Ph. D.
Catedrático
Departamento de Estudios Hispánicos
Recinto de Río Piedras
Universidad de Puerto Rico

Evocando el enorme poema *Razón de amor*, de Pedro Salinas, quien, a su vez, evoca el antiguo poema homónimo de la lírica medieval castellana, Mercedes López-Baralt, de la Academia de la Lengua Española en Puerto Rico y Profesora Emeritus de la Universidad de Puerto Rico, abre su hermosísimo libro *Miguel Hernández, poeta plural*, publicado en España en 2016, bajo los auspicios de la Universidad de Alicante. No podía ser de otra manera, pues se trata de su “libro más soñado”, entre tantos que engalanan su bibliografía. Sus “Razones de amor” evocan sus primeros contactos con la poesía de Hernández, el poeta pastor de Orihuela, mimado por Vicente Aleixandre y Pablo Neruda.

López-Baralt comienza su estudio por donde se debe –siempre que se pueda–, por la vida del autor, por sus cartas, por sus amistades, por sus alegrías y sufrimientos, que es, en el fondo, el material de donde surge la poesía lírica. Resalta los vínculos del poeta con otros poetas, tradiciones y libros. En ese sentido, este libro erudito –como casi todos los de López-Baralt– da cátedra en el comentario de la poesía del siglo XX y sus diálogos con la poesía universal. Miguel Her-

nández con su vida breve y su obra magnífica, desarrollada en apenas once años, la lleva a esas tradiciones. En su pesquisa, López-Baralt no ha temido apartarse de las ya tradicionales teorías literarias que muchas veces empobrecen la hermenéutica del texto. A partir de dos posibilidades de Roland Barthes, se mueve entre la negación de la “muerte del autor” y la afirmación el “placer del texto”. Se vale de un mosaico de términos que apuntan al intento infructuoso de domar el discurso poético. Moviéndose en ese laberinto, acude a textos que le acompañan como armas variables ante la oscuridad y el misterio de la Poesía: “Lingüística y poética”, de Roman Jakobson; *Entre lo uno y lo diverso*, de Claudio Guillén; *Análisis del texto poético*, de Yuri Lotman; *El Principio Poético*, de Edgar Allan Poe; *El arco y la lira*, de Octavio Paz, por mencionar solamente algunos pocos, sin olvidar a sus maestros Carlos Bousoño y Stephen Gilman, con los cuales destaca en la poesía elementos tan necesarios como la repetición y su interrupción que causa sorpresa —*ostranenie*, como querían los formalistas rusos—, la sonoridad y la musicalidad, la poesía como el más alto grado de literariedad, la síntesis, la fusión de los opuestos y la abolición de la lógica. A ellos une su concepción de lo que la Poesía es: Belleza y Misterio, ambigüedad y contradicción, el “matiz” que destacaba Paul Verlaine en su “Arte poética”, junto con la música como norte principal de la poesía; del mismo modo, no olvida la sugerencia, para invocar a Estéfano Mallarmé. Hay en su búsqueda una serie de respuestas a la siguiente pregunta: “¿Las fuentes de la poesía?: introspección, asombro, carencia, ausencia, deseo, reverencia, sueño, emoción, rienda suelta al subconsciente... Sus logros: sorpresa, revelación, catarsis, éxtasis, eternización del instante, libertad y trascendencia” (29). No olvida la tradición, como debe ser, pues un análisis no desmerece por filológico. El comentario textual debe nutrirse con él. A su vez, las interpretaciones se proponen como hipótesis y no como leyes, más aceptables mientras más aferradas al texto se encuentren, y, en evidente diálogo con la literatura y las artes en general, el análisis será más rico mientras más comparatista sea el lector.

La imagen de Miguel Hernández a partir de este proyecto en las páginas de López-Baralt lleva a una visión amplia y precisa de su persona, de su vida y de su obra en diálogo con las corrientes poéticas más

significativas, tanto en lengua española como en lenguas extranjeras.

La primera parte del libro se dedica a una valiosa exposición de la “isla cautiva”, Puerto Rico en su contexto colonial, y la recepción de la poesía de Miguel Hernández entre los puertorriqueños. López-Baralt indaga entre los periódicos y revistas publicadas en la isla hacia la década del treinta, específicamente en las revistas *Verdades* y *Alerta*, en las cuales comienza a destacarse la poesía de Hernández hacia 1937, aproximadamente. Sin embargo, parecen ser nuevamente la Universidad de Puerto Rico y su ya “legendario” Departamento de Estudios Hispánicos, como lo ha llamado Luis Rafael Sánchez, los medios por los cuales se inflama la llama de la poesía hernandiana en nuestro suelo. Si bien el mayor auge se lo otorga el grupo de poetas de la década del sesenta conocido como “Guajana”, para López-Baralt parece haber sido Margot Arce de Vázquez quien lo introdujo en sus cursos de poesía española hacia 1940. Bien es cierto que ya Concha Meléndez daba cuenta de la revista *Caballo verde para la poesía* en su estudio sobre Pablo Neruda en 1936. Evidente es, pues, que había leído los poemas que incluye el primer volumen de 1935, en el cual se incluía el poema no incluido en sus libros, “Vecino de la muerte”, que venía acompañado por el “Nocturno del hueco”, perteneciente al aún inédito *Poeta en Nueva York*, de Lorca, y otros poemas de importantes poetas como Vicente Aleixandre y Robert Desnos, entre otros. Es relevante destacar que Margot Arce de Vázquez conocía ese poema de Hernández. Esto se puede constatar por la existencia en el Seminario Federico de Onís de los ejemplares de *Caballo verde para la poesía* pertenecientes a ella. Importancia la tiene también en la divulgación de esa poesía en nuestra universidad estatal la tesis de Luis de Arrigoitia, *La poesía de Miguel Hernández* (1957), que dio paso a la inscripción del curso doctoral sobre el poeta español. Heredera de ellos es Mercedes López-Baralt, quien durante muchos años dedicó largo tiempo a degustar esa poesía junto con sus estudiantes graduados. De ese proceso es producto este libro que reseñamos.

El segundo capítulo, dedicado a exponer una lectura apartada del hermetismo que siempre ha incomodado a los lectores, se centra en los aspectos de la oralidad y de la pasión en *Perito en lunas* (1933), cuyo título inicial fue *Poliedros*. Ese capítulo había visto la luz por

primera vez en el *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española* en 2015. Destaca el erotismo de algunos de los poemas, sobre todo las imágenes alusivas a la mujer como un árbol fructífero y al deseo expresado en la subida tras el fruto. Rastrea dicha imagen en fuentes dispersas —aunque no desunidas— como la Biblia, la literatura clásica —el mito de Dafne, mujer-árbol— y la poesía de Pablo Neruda en *Residencia en la tierra* (1935), por quien Miguel Hernández sentía una profunda admiración. Es una tradición que podría, a su vez, verse en la poesía de Safo, la primera poeta lírica occidental, aunque en el caso de esta el amado desista precisamente de coger el fruto olvidado en la copa del árbol. La interpretación personal de López-Baralt lleva a la identidad entre la higuera y la mujer. También resalta la sensualidad que comparte la poesía de Hernández en *Perito en lunas* con la tradición de la bailarina más emblemática de la *Belle époque*, la Salomé bíblica que retoma el pintor Gustave Moreau en sus hermosos cuadros y que será parte del discurso decadentista, sobre todo en la novela *Contra natura*, de Joris-Karl Huysmans, y en la obra dramática de Oscar Wilde, precisamente titulada *Salomé*, convirtiéndose en tradición dentro de la poesía modernista: Julián del Casal, José María Vargas Vila, Rubén Darío y una serie considerable de escritores puertorriqueños, entre ellos Luis Palés Matos, de quien, como emblema de la poesía puertorriqueña, López-Baralt no deja de ser embajadora. Así, en esta lectura, la pasión y la oralidad atenúan el hermetismo gongorino, culto y erudito de *Perito en lunas*.

El capítulo tercero se dedica al estudio de la consagración del poeta con *El rayo que no cesa*, de 1936, específicamente con la Elegía por Ramón Sijé, aun cuando ese texto se considere un poema de ocasión anexo a última hora. El hecho de ser elogiada por Juan Ramón Jiménez en *El Sol*, y sobre todo la potencia que irradian esos versos —a veces nerudianos—, bastó para lanzar al pastor a su camino de voz poética esencial. En el libro se mezclan dos vertientes inconfundibles: la herencia de la poesía popular y la poesía materialista de Vicente Aleixandre y Pablo Neruda —con *Caballo verde para la poesía* a todo galope—. De su oficio de pastor —tarea de dioses paganos y héroes bíblicos—, aspira al oficio del poeta, tal como lo entendía Neruda, sin apartarse de la vigilancia que implicaba Juan Ramón Jiménez en

opuesta batalla contra el “gran mal poeta” que era el chileno de *Residencia en la tierra* y su poesía impura, manchada por lo humano. López-Baralt realiza una lectura pormenorizada de la Elegía por Ramón Sijé, observando la tradición elegíaca desde el *plantus* medieval, pasando por las elegías más renombradas de la literatura española hasta desembocar en la poesía de César Vallejo. Habría que observar, también, el carácter elegíaco en la poesía de Neruda, poeta de quien Hernández había admirado y reseñado su libro cumbre, *Residencia en la tierra*.

En el capítulo cuarto, López-Baralt ensaya una lectura de Miguel Hernández como mitógrafo, entroncándolo con los grandes escritores de todos los tiempos. Con esto señala otro rasgo de la pluralidad del poeta de Orihuela. En el capítulo quinto, dedicado al poeta soldado, se analizan aspectos imprescindibles del libro titulado *Viento del pueblo* (1937), donde la voz de Hernández se une a la mayor falange de poetas del momento, afiliados a la poesía social y combativa. Es evidente que Hernández crece y se forma como gran poeta al lado de vates como Vicente Aleixandre, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Raúl González Tuñón (argentino), León Felipe, y en relación con la Casa de las flores de Neruda, y su manifiesto “Sobre una poesía sin pureza” que tanto dio de qué hablar en aquel entonces. No obstante, el compromiso real del poeta partícipe de la defensa de la República lleva a Hernández a la creación de una poesía épica que se realiza en mayor medida en su libro de 1937, aun cuando la crítica de Tomás Navarro Tomás y Manuel Altolaguirre lo haya recibido como libro de baja calidad. Sea como sea, López-Baralt entiende esta poesía de *Viento del pueblo* como un paso hacia la producción recogida en *El hombre acecha* (1937-1938), donde aparecerá el semblante antibélico del poeta.

En el capítulo sexto, López-Baralt emprende una lectura de las imágenes más contundentes de Hernández en *El hombre acecha* –publicado póstumamente en 1960–, vinculadas con dos discursos que se entrelazan: el realismo socialista y la vanguardia de entre guerra mundiales. Dedicado a Pablo Neruda, el libro tiene evidentemente influencias de su angustia y desesperación, aquella que Concha Meléndez describió como nadie en su ensayo de 1937, titulado “Pablo

Neruda en su extremo imperio”, publicado en la *Revista Hispánica Moderna* que impulsaba Federico de Onís. La “belleza terrible” de este libro supera —según López-Baralt— la poesía de *Viento del pueblo*. En el análisis de la estudiosa, se destaca la afinidad de Hernández con el Neruda residenciario, pero, también los contrastes con la estética del cubismo en la pintura (Picasso) y la poesía de *Poeta en Nueva York*, de Lorca, aun cuando haya algunas similitudes en las imágenes del cuerpo desmembrado como emblema de los desastres de la guerra, evidentes en el *Guernica*. López-Baralt observa cierto optimismo inicial, el cual da paso a una visión desesperada que va cerrando los ojos del poeta hasta aceptar resignado su impotencia.

En el capítulo séptimo, López-Baralt se acerca a *Cancionero y romancero de ausencias*, último libro de Miguel Hernández, leído por la crítica como un “diario íntimo”, donde, según la estudiosa, el poeta lleva su poesía a los “puros huesos”, con ausencia de títulos y eliminación de marcas sintácticas que promueven la sensación de un “emocionado fluir de la conciencia” (167). Se destaca la presencia de “ausencias” como la muerte del primogénito en 1938 y las de su mujer y segundo hijo, causadas por la penuria de la prisión. Con esas ausencias, la poesía se torna dolor, soledad, impotencia. Ante ese vacío, se anhela la libertad —tanto física como artística—, y viene signada en la escritura, pero también se anhelan otras libertades que tienen que ver con la existencia, como el “desnacer” o el viaje *ad uterum*, y, en última instancia, la muerte como gran liberadora. Al acercarse a uno de los poemas más significativos —musicalizado por Alberto Cortez y divulgado, además, por Joan Manuel Serrat—, las “Nanas de la cebolla”, López-Baralt destaca la similitud con las futuras *Odas elementales* de Pablo Neruda. Del mismo modo, analiza el poema “La boca”, ejercicio surrealista que evoca también al Neruda de *Residencia en la tierra*. Sin embargo, López-Baralt señala que Hernández desató una poesía de canciones populares sin parecerse en nada a Lorca o Alberti, con lo cual se distingue como voz única y mayúscula de la poesía lírica española del siglo XX.

Al final de su libro, Mercedes López-Baralt vuelve sobre su gran amor, recordando la lápida del poeta en Alicante y el buzón de mármol en el panteón, donde se reciben las notas de visitantes y admi-

radores que quisieran responder a la súplica del Miguel Hernández afín al anhelo de Walt Whitman en *Hojas de hierba* por sobrepasar la muerte: “Aunque bajo la tierra / mi amante cuerpo esté, / escíbeme a la tierra, / que yo te escribiré” (190). ¿Qué amor verdadero no sigue más allá de la muerte al ser amado? La estudiosa define su libro en su última oración como una respuesta a su gran amor: “Quisiera pensar estas palabras como una carta más dirigida desde Puerto Rico a Miguel en aquel lejano buzón de Alicante” (190).

Este libro de Mercedes López-Baralt es —además de un estudio erudito, profundo y pormenorizado de la vida, la obra y la bibliografía de Miguel Hernández, así como una mirada amplia a la poesía lírica— un homenaje que a través de la trayectoria de la estudiosa se rinde desde Puerto Rico al poeta pastor de Orihuela con un amor especial e indecible que solamente puede producirlo la Belleza.